

BIBLIOTECA SELECTA

LA FUERZA DEL BIEN



RAMÓN SOPENA

PROVENZA 93-97. BARCELONA.





SC 177 C-58 07



00040630

SA 115-4 26

APROBACIÓN ECLESIASTICA

**VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA**

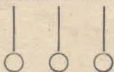
**NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH**

Barcelona 21 de septiembre de 1917.

**IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART**

**POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.ª FERRAN
*Vice Canc.***

BIBLIOTECA SELECTA



LA FUERZA DEL BIEN

29.115

1464/60



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97
1930



DERECHOS RESERVADOS

LA FUERZA DEL BIEN

I

Víctor había obtenido aquel año matrículas de honor y estaba, como es natural, muy contento. Verdaderamente, el triunfo final compensa los malos ratos de todo el curso. ¿Malos ratos dijimos? En realidad, Víctor no había pasado malos ratos. Todo consistió en no dejar de estudiar ningún día, en perder una clase, en comportarse regularmente. Así, como de gotas se forma un mar y de granitos de arena se levanta una montaña, se encontró Víctor, a fin de curso, con que sabía aquellas cinco asignaturas que, en octubre, le parecían inmensas e invencibles.

Víctor recibía ahora el premio de su

perseverancia. Su tema, durante el invierno, fué el que ha adoptado el editor de esta historia : *Nulla dies sine linea*. Ningún día en blanco, ningún día perdido, ningún día sin un poco de labor... Parece mentira, por ejemplo, que un río socave y hundá una montaña de roca ; que unas hierbecillas agrieten, rajen y acaben por desmoronar y hundir una torre de granito. Pues esto sucede porque ni el río ni las pequeñas plantas dejan un solo instante de trabajar. El agua, suavemente va royendo la mole ; la hierbecilla parásita, mete sus finas raíces entre dos sillares, y siempre, sin descansar, aprieta, aprieta, hasta que los descuaja y mueve. Nada hay tan fuerte como la constancia. De instantes sumados se hacen los minutos, de minutos sumados las horas, de horas los días, de días los años, de años los siglos y de siglos la eternidad. La eternidad es una interminable suma de instantes...

Pero, vamos a nuestro asunto ; caramba ! Y prometemos a la amiguita lectora, al amiguito lector, no distraerle con más sermones.

Ello es que Víctor, a fines de mayo, fué honrado por cinco enorgullecedoras matrículas de honor. Las vacaciones se le ofrecían magníficas. No tendría, como otros infelices que fueron «suspensos», que seguir todo el verano amarrado a los libros, con el enojo que causa, inevitablemente, machacar en una asignatura perdida. ¡Cosa más antipática!...

Aunque sólo fuese por no verse obligado a releer todo un verano, mientras los demás se divierten, las mismas cosas pasadas, debíamos todos estudiar a su tiempo.

Como Víctor estaba libre de preocupaciones y como su padre quedó satisfecho de su excelente comportamiento, además de los obsequios que en tales casos se usan, le permitió que viniese a pasar las vacaciones a Fuenteclara, donde sucediéronse las aventuras que vamos a relatar.

El médico de Fuenteclara era tío de Víctor y tenía un hijo llamado Gabriel. El primo Gabriel, que era de la misma edad que Víctor, recibió a éste muy cordialmente.

Apenas llegado, se lo llevó a dar un paseo por los alrededores del lugar, que eran, en verdad, atrayentes y pintorescos.

A Víctor le gustó la ilimitación de los horizontes, la brillantez de los trigales a punto de siega, que hacían a la llanura semejante a una gran bandeja de oro; y en los manchones de verdor y lozanía de las alamedas, la sinfonía grave de las ramas salpicada de notas agudas por los pájaros e impregnada del perfume sano y deleitoso del heno, del tomillo y del panjé.

Cuando se ha acabado el curso gusta mucho el campo, y los jóvenes inteligentes empiezan a apreciar estas hermosuras de la Naturaleza en las que conviene fijarse muy detenidamente. Porque ir por la campiña sin paladear sus encantos equivale a recorrerla como un borrico.

Víctor exclamó:

—¡Qué bonito campo!

Pero Gabriel, fuese porque estaba más acostumbrado, o porque carecía de ese don de apreciar tales delicias, respondió:

—¡Bonito! ¡Adiós, tú! ¡Pues sí que



Apenas llegado se lo llevó a dar un paseo por los alrededores del lugar... (Pág. 8.)

vienes *finolis* ! En Madrid os crían así, *superferolíticos*. ¡ Rediez ! Yo aborrezco Madrid. Estuve en tu casa una temporada y me aburrí en grande. ¡ No hay en las calles ni una piedra suelta ni un perro ! ¡ Vamos... ni un gato tampoco !... Pues... ¡ y nidos ? En Madrid no hay modo de buscar un nido.

A Víctor le parecía que no existe necesidad de tales cosas como piedras para tirar a los perros o nidos que destruir, lo mismo en Madrid que en el pueblo. Los perros son nobles animales, amigos del hombre, y no hay motivo para tirarles piedras. En cuanto a los nidos, es mayor la ferocidad. Les robamos sus hijuelos a los pájaros porque somos más fuertes que ellos. Pero, ¡ qué diríamos si otro, más poderoso, nos hubiese robado a nosotros, cuando todavía no sabíamos andar, de los brazos de nuestras madres ?

Cuando una bomba arrojada desde un dirigible o de un aeroplano hiere a un niño, todos llamamos criminal y salvaje al aviador. ¡ Qué pensarían los pájaros, si pensasen, del muchacho que les arrebatara

sus polluelos? Y es el caso que lo que hacemos con los pájaros lo ve y lo juzga Dios...

II

Con Gabriel no había manera de divertirse si no se seguían sus indicaciones, siempre encaminadas a alguna travesura.

Víctor aprendió de su primo a tirar la piedra «perro y medio hacia adelante» para darle al perro; aprendió el manejo de la honda y el tirachinas de gomas.

También hubo de someterse a saltar sobre las espaldas de otros y a «ponerse» para que saltasen otros sobre las suyas sufriendo algunas veces taconazos.

Otra cosa nueva para Víctor fué la batalla campal a pedrada limpia. En Fuenteclara existía la bárbara costumbre esa de las pedreas. Para esta clase de guerras el pueblo estaba dividido en dos bandos: los del barrio de arriba y los del barrio de abajo.

Combatían ambos ejércitos a guijarrazos con una brutalidad abominable.

Un barbero muy leído y *escribido* de Fuenteclara decía que los chicos estaban *en la edad de piedra...*

Víctor juzgaba que se hallaban en plena barbarie.

Pero transigía con su primo Gabriel porque Víctor era, sobre todo, dócil y condescendiente.

Una mañana Gabriel dijo a Víctor :

—¿Tú no has visto nunca un nido de palomas?

—No. Y debe ser cosa bonita...

—¡Que si es! Primero te encuentras que han puesto un huevo; y dos o tres días después, otro. Nunca ponen más que un par de huevos las palomas. Después la hembra se pone sobre ellos a darles calor, y dura eso tres semanas.

—Lo sé por la Historia Natural : las palomas son ovíparas.

—¿Oví... qué?

—Ovíparas, que se reproducen por medio de huevos.

—¡Bah... sabihondo!... ¡Que enhuevan! Y no te creas que es la hembra sólo. A veces, mientras ella va a comer, el macho, muy huecas las plumas, muy hincha-

do el buche y zureando, va y se pone él también a empollar los huevos.

—Más cómodamente hacen eso los aves-truces, que colocan sus huevos en un mon-tón de arena, y el sol se encarga de incubarlos.

—In...cu... ¿qué?

—Incubarlos. Bien es verdad que eso sucede en África, donde el calor es grande.

—¡Chico, mira que eres pedante!...
¡Déjate de *incubaliciones*!

—Como quieras.

—A los veinte días los huevos se agrietan, se abren y salen de ellos los pichones. Los pichones, cuando nacen, son muy feos : parecen sapuchos. Todo en ellos es barriga, buche, y son de color de carne y abren una boca enorme. Se pasan el día piando. Nunca están hartos de comer y de vez en cuando dan una vuelta, asoman la cola y arrojan un poco de palomina. Así van rodeando el nido de un borde.

A Víctor estas noticias le agradaban.

—¿Y qué comen?

—Sus padres les dan de su buche. No hacen como muchos pájaros que les llevan a sus nidos en el pico una lombricilla

de tierra. Los palomos padres comen el grano, lo cuecen en su estómago, y cuando está blando lo vuelven a echar para dárselo a sus pequeñuelos «guisado».

—Es curioso eso.

—Más adelante, a los pichones les nace una pelusa amarilla y después los cañones de las plumas. Los que te voy a enseñar ya están completamente vestidos y son blancos. Pero todavía no comen. Vamos a verlos.

Salieron a los corrales de la casa, que eran grandes, como es uso en las casas de labor; y sobre las cuadras y los pajares, subiendo por una escalera de mano, llegaron al palomar. En rigor, no era palomar, sino un desván en el que vivían hasta cuatro o cinco pares de palomas caseras.

En un cesto colgado de la pared, estaba el nido. Había allí dos pichones blancos como la nieve que, al oír ruido, creyendo que serían sus padres que vendrían a darles de comer, se asomaban moviendo las alas y piando dulcemente. Ya estaban, en efecto, vestidos con su traje de seda, que como la seda era fino y brillante su



Había allí dos pichones blancos como la nieve que... (Pág. 14.)

plumaje cándido. Tenían los ojillos rojos y rojos los picos, todavía tiernos y transparentes.

No se asustaron de los muchachos. Antes bien, parecían llamarles y pedirles una caricia.

—¡Qué lindos son!—dijo Víctor—. A Santa Teresa de Jesús la he visto yo pintada con una palomita así como éstas, hablándole al oído. Y también sobre los doce Apóstoles, no recuerdo en qué altar, vuela, entre destellos de oro, otra paloma así que es el Espíritu Santo... ¡Qué lindos, qué lindos son!...

Gabriel se reía de su primo.

—¡Y qué cursi eres tú, querido! Son dos pichones, ni más ni menos. Cuando crezcan un poco más, los cogerá una cocinera y les apretará debajo de las alas; ellos, asfixiándose, moverán la cabeza a un lado y a otro, y, al fin, morirán. Al día siguiente serán servidos en salsa o asados...

—¡Es una crueldad!

—¡Ay, qué sensible eres, primo! Y bien ricos y tiernos que estarán.

Víctor se acercó al nido. Los pichonci-



Con lo que el fanfarrón hubo de salir por pies... (Pág. 26.)



llos, piando más angustiadamente, parecían pedirle protección.

—Yo no quiero—dijo—que maten a estos pobrecitos animales.

Gabriel, entonces, dijo :

—¿Te parece que nos los llevemos? Así no los podrán ahogar para freírlos. Cuando vengan a buscarlos, creerán que han volado.

—¡Sí, sí, llevémoslos! Los escondemos donde no los encuentren, y cuando de veras puedan volar, les daremos suelta. ¡Cuánto lo van a agradecer!... ¡Hala, a ser libres!... ¡Y ojo con dejarse cazar!... ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. ¡Cógelos!

Víctor tomó del nido los dos pichones. Los conducía en sus brazos amorosamente y los animalillos correspondían a su halago piando más bajito.

—Es necesario que no nos vean —dijo Gabriel.

Guardándose de todos, como quien hurta, los dos muchachos bajaron del desván y cruzaron los corrales llevándose los pichoncillos.

—¿Dónde los pondremos?

—Yo sé un sitio—dijo Gabriel—. En el invernadero de las plantas. Ahora, como es verano, no hay ninguna allí; solamente se guardan las alfombras, esteras y algunos trastos viejos. Allí, en un rincón, pondremos a estos dos señoritos.

Fueron allá y así se hizo. Víctor, utilizando un casco de maceta rota, la puso agua.

—¡Pero si no saben beber todavía, hombre!

—¡Ah!... ¡Pues se van a morir!... —suspiró Víctor, muy apenado.

—Hay que darles de comer y de beber, como sus padres les daban. En cuanto a darles de comer es fácil: todo consiste en meterles el alimento en la boca. Lo peor es darles agua. Yo te explicaré cómo se hace.

Víctor aprendió en seguida. Tomaba él un sorbo de agua y poniendo en sus labios el pico de un pichón le hacía beber.

Trajerón de los graneros en sus bolsillos un poco de trigo y les llenaron de él el buche a los pichones.

Cuando la operación se repitió unas cuantas veces, los pichones, al ver que

Víctor se acercaba, venían hacia él alesteando con las cabezas altas y las bocas abiertas.

A Gabriel le cansó en seguida aquel cuidado.

—Mira, esto es una lata. Déjales la puerta abierta y que se las busquen ellos.

—No saben comer ni beber, ni volar. Los matará un gato.

—Que se los coma.

—¡Eso no!

—Pues allá tú; sírveles de nodriza. Yo no me ocupo de esto más.

Víctor se propuso criar por su mano los pichones. Entretanto los palomos padres habían vuelto, y al hallar el nido vacío, lloraban largamente. Las palomas lloran; su llanto no es con lágrimas: es una quejumbre tristísima semejante al arrullo de las tórtolas.

—Me da pena oírles—decía Víctor.

—Pues ve y consuélales. Tú debes darte maña para eso. Échales una de tus pláticas sentimentales...

Mas no sólo lloraban los padres de los pichones blancos; lloraba alguien más.

Pedrín, el hijo de la lavandera, lloraba también.

Víctor lo vió a la puerta de su casa llorar desesperadamente. Era Pedrín un muchacho pobrísimo que, en aquella ocasión, estaba descalzo y casi desnudo. El disgusto que le acongojaba habíale quitado las ganas de comer, pues tenía en la mano un pedazo de buñuelo de esos que llaman *churros*, que sería su almuerzo, y del cual no probaba bocado.

—¿Por qué llorará Pedrín?—preguntó Víctor.

Gabriel se echó a reír.

—¡Vaya usted a saber!

—Yo lo sabré; voy a preguntarle.

Gabriel detuvo a su primo cogiéndole del brazo.

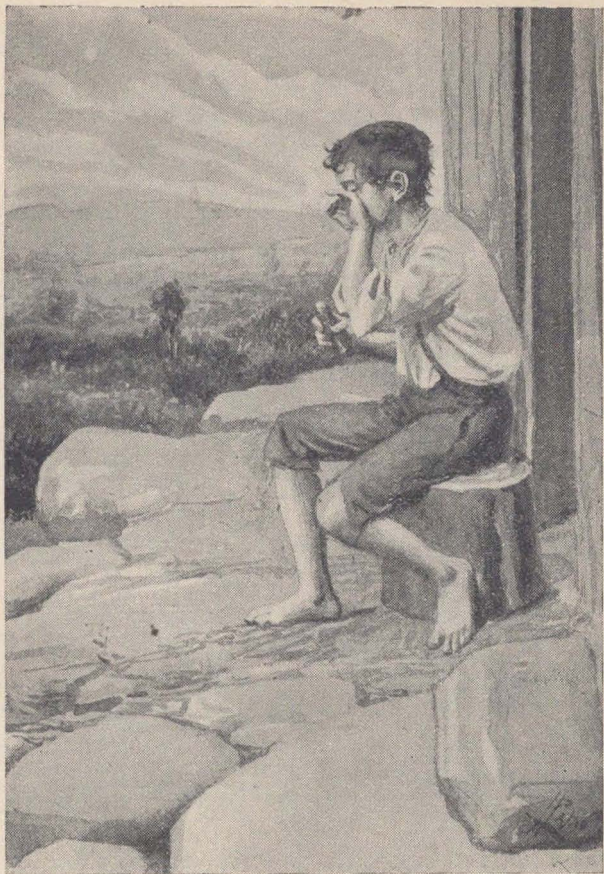
—Déjale : es un chico de clase baja ; es el hijo de nuestra lavandera.

—Por humilde no le debemos despreciar.

—No seas tonto.

—No es tontería, Gabriel. A ti te habrán enseñado, como a mí, que todos somos hermanos.

—Te digo que lo dejes. Has de saber



...pues tenía en la mano un pedazo de buñuelo de
esos que llaman *churros*. (Pág. 20.)

que ese muchacho y yo hemos peleado hace días y que nos la guardamos. Si te acercas a preguntarle, como vienes conmigo y eres mi primo, creerá que es por burla, te contestará mal y acaso te dé un trompazo. Entonces tendríamos que darle una buena entre los dos.

—¡Eso sí que no! Eso sería de cobardes, Gabriel.

—Pues tendrías que pegarle tú solo.

—¡Yo? Si me contestaba mal, le volvería la espalda, y nada más.

—¡Ya le tomaste miedo! ¡Crees que te podrá!

—¡Miedo? ¡Por qué le he de temer? Y si me puede o no, ¡a qué probarlo?

—Debe uno saber a quién le puede y quién le puede a uno.

—¡Para qué?

—Para imponerse a los flojos y no provocar a los fuertes.

—¡Qué atrocidad! Esa es una máxima de cobardes...

Gabriel miró a su primo con desprecio.

—Me parece que a ti, aquí en el pueblo, te vamos a curar la manía de las «máximas».

III

Sin embargo, Gabriel no era el peor de los muchachos de Fuenteclara. Los había de ideas menos nobles y de más bajos sentimientos. Nicolás, el hijo del veterinario, por ejemplo.

Nicolás, el hijo del veterinario, era de la misma edad de Víctor y de Gabriel, pero estaba más desarrollado. Nicolás era temido por todos los chicos. Como su padre era herrador y lo tenía de aprendiz, trataba a diario con los gañanes, los arrieros y los hijos de los leñadores y los gitanos que venían al banco a herrar sus bestias.

Nicolás sabía ya hacer alzar a las mulas, manejar el pujabante y montar en los borricos falsos y coceadores. Los montaba en pelo y, aunque el borrico metiese el hocico entre las manos y echase las patas por el aire, Nicolás no caía.

Este Nicolás aborrecía a Gabriel sin

más motivo que el de ser Gabriel hijo del médico. Que el padre de Gabriel curase a los hombres en tanto el suyo curaba a los caballos, le irritaba a Nicolás.

—Por eso—decía Gabriel—me las tiene guardadas.

—Pues, lógicamente—dijo Víctor—, debe odiar también a todos los hijos de zapatero, puesto que así como el padre de Nicolás calza a las mulas, los zapateros calzan a los hombres. ¡Qué tontería! Ningún oficio ni profesión son altos ni bajos. Cada cual, ejerciendo honradamente su oficio, arte o carrera, es tan noble como el que más.

—¡Sí, sí! Ve tú a Nicolás con esas reflexiones. Se *chinchará* en tus retóricas. Lo mejor que puedes hacer es que no te pesque solo.

Víctor no podía comprender la razón de estos odios y envidias que suelen envilecer a los muchachos de los pueblos, cosa que es una triste manifestación de atraso.

No tardó Víctor en tener ocasión de comprobar la amargura de estos sentimientos mezquinos.

Una tarde paseaba solo por los jardines de una granja cuando se vió sorprendido por el insolente Nicolás. Víctor no lo conocía.

—¡Hola!—le dijo Nicolás—. Tú eres el primo de Gabriel.

—El mismo soy para servirte. ¿Quieres que juguemos juntos?

—Lo que quiero es mojarte la oreja.

Ignoraba Víctor que esta acción de mojarle a uno la oreja era en Fuenteclara un desafío.

—Hombre—dijo—, mojarme la oreja, ¿para qué?

—Para que te defiendas si no eres un gallina.

—¡Ah!—exclamó Víctor—. Tú eres Nicolás.

—Nicolás soy, y te puedo, señorito de almidón, mandria, lombriz, ¡belitre!

—Oye, Nicolás—le dijo Víctor—. Yo no te hice nada. Ni siquiera te conozco. ¿Por qué me insultas?

—Porque eres un mequetrefe.

Estaba visto que Nicolás quería reñir.

—Déjame en paz, que yo no me meto contigo—añadió Víctor.

Pero Nicolás se untó los dedos de saliva y le mojó la oreja.

Con lo que no contaba Nicolás era con que Víctor hubiese hecho gimnasia, con que fuese diestro en el salto, ágil de movimientos y duro de puños.

Se vió que la humildad, la buena educación y los modales comedidos no quieren decir falta de dignidad ni mucho menos cobardía.

Víctor, en menos tiempo del que en decirlo se tarda, le propinó al hijo del veterinario una docena de cachetes que lo dejaron turulato : y de propina le dió dos puntapiés en aquella parte más redonda y zaguera del individuo. Con lo que el fanfarrón hubo de salir por pies con los mofletes ardiendo y las carnosidades del nalgatorio doloridas. Las botas de Víctor tenían las punteras duras y contundentes.

Nicolás íbase diciendo para sus posaderas :

—¡ Anda con el señorito finístico ! Parece de alambre...



Pero Nicolás se untó los dedos de saliva y le mojó
la oreja. (Pág. 26.)

IV

Este triunfo no enorgulleció a Víctor. Otro muchacho de menos discreción habría proclamado en todas partes que podía y había sacudido las liendres al hijo del veterinario; hazaña que, en Fuenteclara, se tendría por más gloriosa que la de David venciendo al famoso gigante Goliat.

A Víctor, por el contrario, le causaba pena haberse visto en la dura necesidad de castigar a un semejante, y muy lejos de envanecerse, sentía la tribulación que acongoja a las almas buenas cuando han tenido un momento de ofuscación, cuando han pecado.

—¡ Señor, Señor! — se decía Víctor—. ¿ Por qué ha de ser necesario algunas veces causar dolor a nuestros hermanos?

Pero, bien reflexionado, pensó que el hombre, desde que tiene uso de razón, se halla en el derecho de no consentir ultra-

jes. Una ofensa, como lo fueron las palabras de Nicolás llamándole belitre y mequetrefe, se puede y se debe perdonar ; pero un ultraje como la acción ignominiosa de mojarle la oreja, puede o no tolerarse.

Un sentimiento así como el que a Víctor embargaba, debe ser el que lleve al soldado a matar en la guerra. Las ofensas a la Patria son como un insulto a cada ciudadano, como la infamante mancha del escupitajo en el rostro de cada hijo de la nación. Y en ese caso, aunque seamos humildes, aunque seamos generosos, debemos luchar heroicamente hasta vencer al enemigo, hasta destronarle.

Y también la Justicia debe consistir en algo parecido. Es doloroso, es muy desagradable imponer un castigo a quien ha cometido una falta. Pero, si no se le castigase, ¿se enmendaría? Por otra parte, ¿vamos a vivir expuestos a las procacidades, a los insultos, a los desmanes de los mal educados, de los delincuentes?

A Víctor le parecieron muy bien, retébién dados las puñadas y los puntapiés. Nicolás se llevaba qué rascar y qué sentir. A otra vez, cuando viese en el pueblo a un

niño forastero, se guardaría muy bien de mojarle la oreja recordando lo mal que resultan en las redondeces posteriores las puntas de unas botas...

Sin embargo, sin embargo...

Lo mismo un hombre que un niño, cuando ha pegado a un semejante, debe pensar muy despacio si obró mal o bien. A nadie le está permitido tomarse la justicia por su mano. Evidente ; pero el derecho de legítima defensa...

Por otro lado, lo que Víctor acababa de hacer podría muy bien redundar en perjuicio de su primo Gabriel. Nicolás quería buscar el desquite de las puñadas y punteras recibidas... En cuanto encontrase solo a Gabriel, era seguro que se cobraría la deuda.

Y lo más curioso del caso era que a Víctor, Nicolás le había parecido muy simpático y agradable. Y que sentía grandes deseos de hacer las paces con él, de ser su amigo.

Todas estas cosas iba pensando el madrileño cuando en una revuelta del camino, aparecieron montados en sendos

caballos, el veterinario, padre de Nicolás, y su criado.

Víctor pensó rápidamente lo que tenía que hacer. Se puso en medio de la carretera y detuvo a los dos jinetes.

—¿Qué quieres, niño?—le preguntó el padre de Nicolás—. ¿Te has perdido? ¿No sabes volver al pueblo?

—Sí, señor, sé.

—¿Cómo te llamas? ¿De quién eres?

Víctor contestó con mucha urbanidad a estas preguntas y a otras más que le hizo el veterinario, quien no dejó de extrañarse de hallar en aquellos campos un niño tan discreto y bien hablado. Y como los buenos modales y las palabras comedidas y corteses son una excelente recomendación, el veterinario sintió en el acto una gran simpatía hacia Víctor, y se dispuso con el mayor agrado a oírle lo que le tuviese que decir.

—Vamos, pequeño; habla sin temor. Cuando tú me has hecho parar, algo quieres. Dime lo que sea.

—Me sucede, señor, que acabo de encontrar a su hijo de usted.

—¿Y qué? ¿Le pasa algo? ¿Se ha roto alguna pierna? ¿Dónde está?

—No le sucede nada. Tranquilícese. Es que...

Víctor dudaba, balbucía... No sabía cómo exponer lo acontecido. Afortunadamente el padre no le parecía tan obcecado y sinrazones como el hijo.

—¿Qué te hizo? ¿Te ha maltratado, te ha pegado mi hijo?

—No, señor; no, señor...

—¿Entonces? ¿Vamos, acaba!

—Es que... hemos reñido.

—¡Ah!... ¿Por qué?

—Señor: yo no conocía a su hijo de usted; yo iba solo y distraído intentando clasificar unas flores silvestres. Nos encontramos; yo invité a Nicolás a jugar juntos; pero él me insultó...

—Ese hijo mío...

—... y me untó la oreja de saliva...

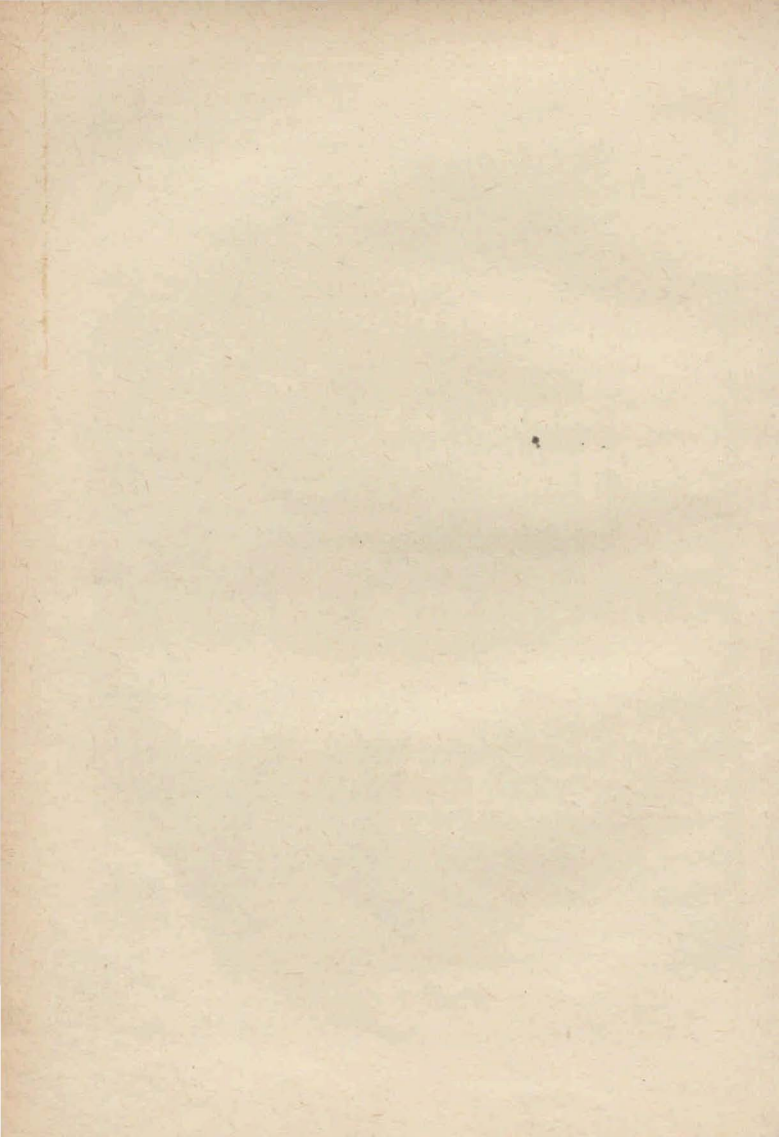
—¿Y qué?

—Peleamos.

—¡Ah malvado! ¡Siempre lo mismo! Si sigue así, me saldrá un chulo, un matón, ¡lo que más he odiado siempre!... ¡Le he de dar una paliza que se ha de



Víctor se detuvo y se fué acercando a aquella
puerta. (Pág. 36.)



acordar! ¡cuánto disgusto me causa!...
¡El verá, él verá!

Iba el veterinario a seguir su camino, pero Víctor, en ademán suplicante, cruzando las manos y temblándole sollozos en la voz, dijo:

—Señor: yo le pido que no castigue a Nicolás. Perdónele como yo le perdono. ¡Le ruego, señor, que me atienda! ¡Se lo pido con toda mi alma!

—Pero... ¡qué quieres, entonces, pequeño?

—Quiero que le aconseje a su hijo que no me guarde rencor; que le diga que olvide lo pasado... ¡y que seamos buenos amigos!

El veterinario, al oír esto, echó pie a tierra.

—¡Muchacho!—dijo abrazando a Víctor—. ¡Tienes un hermoso corazón! De la ciudad vengo y le traía a mi hijo una bolsa llena de bombones y caramelos finos de los que no hay en el pueblo. Tú la mereces más que él. Tómala.

Víctor la rechazó.

—No, señor, de ninguna manera.

—Tómala, muchacho.

—De ninguna manera. Sólo aceptaría un dulce de esos...

—¡Cómo!

—Si me lo ofreciese Nicolás.

—Te lo ofreceré, buen niño. Yo le haré ver lo injusto que fué contigo y la grandeza de tu alma.

—¡Cuánto se lo agradeceré!

—Pero toma, al menos, por ahora, unos cuantos caramelos.

Víctor balbució :

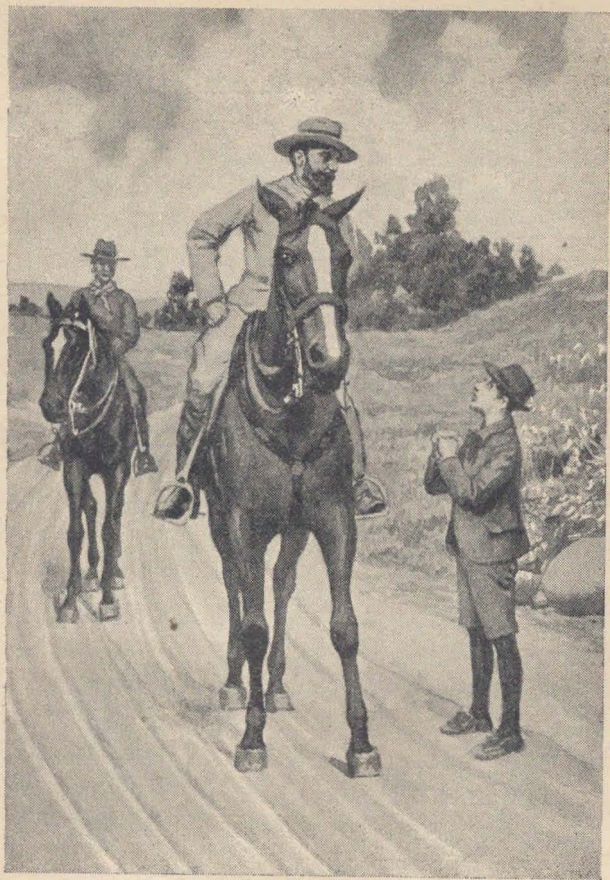
—Me conformo con un beso.

—¡Y con mil, querido!... ¡Si eres un ángel!

V

Después de esta escena, Víctor regresaba al pueblo muy contento. Las acciones buenas tienen esa ventaja. Producen una alegría inmensa. ¡Da gusto obrar bien! Parece mentira que siendo tan gustoso obrar bien, haya quien se complazca en obrar mal.

Ibamos en que Víctor regresaba muy contento. Mas otra nueva aventura le aguardaba aquella misma tarde; que a



Se puso en medio de la carretera y detuvo a los dos jinetes. (Pág. 31.)

Víctor, como a don Quijote, le saían al paso las ocasiones de mostrar, unas veces la fuerza de su brazo, otras la claridad y buen acierto de su juicio, y no pocas la blandura y largueza de su corazón.

Acertó, pues, a pasar Víctor por la puerta de una casa en cuyo interior se oían destemplados gritos, denuestos, de una parte, y de otra, desconsolados lloros. La voz iracunda era, a no dudar, la de una mujer del pueblo, cuyo vocabulario áspero y soez, era bien desagradable. Los gemidos eran de un muchacho.

Picada la curiosidad e interesado su generoso corazón, Víctor se detuvo y se fué acercando a aquella puerta. Entreabierta estaba y pudo ver lo que dentro sucedía.

La estancia era pobrísima, pero advertíase ordenada y pulcra, denunciando todo que gobernaba allí una de esas mujeres hacendosas, del pueblo, de las que suele decirse que no tienen ni palabra buena ni obra mala.

No, palabras buenas no tenía para el chiquillo a quien estaba echando una gran reprimenda.



Tú la mereces más que él. Tómala. (Pág. 33.)

—Vamos a ver, granuja : di la verdad. ¡ Di la verdad o te cuelgo, grandísimo tuno ! ¡ Qué hiciste de ellos ? ¡ Los has vendido ? ¡ Habla, ladrón ! ¡ Es eso lo que has aprendido de mí ? ¡ De qué le vale a una trabajar hasta matarse para sacar adelante a un perdido como tú ? ¡ De qué le vale darte buena crianza ?... ¡ Te voy a matar, mal hijo ! ¡ No sabías que yo estaba esperando a poderlos vender para juntar las dos pesetas que darían por ellos a las cuatro que tengo ahorradas, para pagar esas botas que llevas puestas ? « Madre, cómprame unas botas. » « Madre, que no quiero ir descalzo a la escuela »... Y va una y se empeña y le merca al hijo unas botas y unos calzones, que, por cierto, grandísimo desastrado, los rompiste ya por las rodillas y remendados los llevas ; va una, digo, y se empeña para que le des este pago. ¡ Te parece a ti bien ?... ¡ Ay Dios mío ! Te llevaste al marido de una y me dejaste este hijo descastado para mi castigo !...

La mujer pasó de la irritación a la congoja : lloraba.

El muchacho tenía el rostro cubierto



El muchacho tenía el rostro cubierto con las manos y lloraba también. (Pág. 38.)

con las manos y lloraba también. De vez en vez decía :

—Madre : yo no los quité. Cuando fui a mudarles el agua, ya no estaban en el nido. ¡ Yo no los quité ; madre, yo no los quité !...

En aquel momento, desesperado el niño, descubrió su cara, y Víctor reconoció a Pedrín, el hijo de la lavandera.

VI

Víctor, al siguiente día, habló muy seriamente con su primo Gabriel.

—Gabriel : es necesario que me aclares una cosa.

—Tú dirás.

—Los pichones que tenemos en el invernadero, ¿ de quién son ?

—¡ Bah ! ¿ Qué te importa ?

—¿ Cómo que no me importa ? Yo los quité del nido creyendo que eran de esta casa ; los quité por librarles la vida. Pero si no son de esta casa, es que los hemos robado... ¡ Dime de quién son, Gabriel !

—¡Hombre, tú eres tonto! Sean de quien sean, la cosa no tiene remedio.

—Eso ya lo veremos. Tú dime la verdad.

—Puesto que te empeñas, te la diré. Los pichones son de nuestra lavandera. Como es viuda, tiene que ayudarse de todos modos para vivir; y como el desván aquel no se utiliza en casa para nada, papá le permite que tenga allí algunos pares de palomas. Bueno: pero como esas palomas se alimentan con los desperdicios y granzas de mi casa, en realidad, más son.

—¡Nada de eso! Tu padre hace una buena obra, una obra de caridad, y precisamente por eso, no son tuyos, no son nuestros los pichones. ¡Tú sabes lo que hemos hecho, Gabriel? ¡Un robo! ¡Somos unos ladrones!... ¡Qué vergüenza! ¡Yo siento una gran vergüenza! ¡Tendré que confesar este mal hecho y el padre confesor no me lo perdonará!... ¡Qué vergüenza, Dios mío!...

—¡Atiza! Pues sí que eres tú beato. Además, ya no hay modo de componer el asunto.

—Lo hay : devolviendo lo que hemos robado ; restituyendo.

—Entonces nos descubrimos.

—¿Qué me importa ?

—¡A mí, mucho ! Tú tienes vocación de mártir. Yo no. Yo no consentiré que hagas una tontería.

Víctor reflexionó un momento, y luego dijo :

—Tú tienes gran deseo de una máquina de retratar, de un Kodac, como el mío.

A Gabriel le brilló en los ojos aquel deseo.

—¡ Oh, sí !

—Pues bien : yo te regalaré mi Kodac si me obedeces sin rechistar.

—Ve diciendo.

—En primer lugar, vamos a buscar los pichones.

Fueron a buscar a los blancos prisioneros. Habían crecido y eran unos hermosos palomos ya.

—Les he tomado cariño — decía Víctor —, pero no hay más remedio que darlos.

Y ya en el recibimiento de la casa, Víc-

tor dijo a Gabriel poniéndole una mano en el hombro.

—Me acompañas hasta la casa de Pedrín... No temas; nada más que hasta la puerta. Yo entraré a devolver lo que hemos robado y diré que fuí yo solo... Cuando volvamos, tendrás el Kodac... y dos cajas de placas nuevas...

VII

A pesar de las generosidades de Víctor para con su primo Gabriel, y de sus buenos consejos, las relaciones de ambos eran menos cordiales cada día.

Tenían modos de ser y de pensar muy distintos los dos muchachos.

Gabriel era caprichudo e intemperante; jamás cedía en sus obcecaciones frecuentes; siempre había de salirse con la suya.

Gabriel tenía que ser el primero en todo y jamás dejaba su vez. Fra, en fin, un chico egoísta, codicioso y dominante: un mal educado.

A su mala intención fué debida otra de

las aventuras de aquel verano memorable, la cual pudo tener para ambos muy malas consecuencias.

Ello fué que llegaron en sus correrías los dos primos a una de las fincas del padre de Gabriel en la que había varios árboles frutales. El padre de Gabriel les había dicho :

—Os permito comer alguna fruta madura ; pero sin exceso.

Y con este permiso los dos muchachos se dedicaban a un juego inocente.

Consistía este juego en elegir entre las manzanas pendientes de una rama una que estuviese separada de las demás, para no causar inútiles destrozos, y que pareciese madura.

Al pie del árbol había muchas manzanas caídas, ya arrugadas, casi secas, que servían de excelentes proyectiles.

Colocados los dos muchachos a una distancia conveniente, y provistos de dichas manzanas secas, tiraban por turno a la designada en el árbol y aquel que la derribaba, aquel sería su dueño.

El juego era un ejercicio moderado y



Los pichones son de nuestra lavandera. (Pág. 41.)

en él triunfaba la destreza ; era cuestión de buena puntería.

Pero ocurría que, aunque Víctor derribase las manzanas, Gabriel se las comía siempre.

Una vez decía :

—Yo la había desprendido antes. Como tú ahora diste en la rama, cayó. Luego es mía.

Decía otra vez :

—La manzana es mía, porque, si bien la has derribado tú, no te correspondía tirar.

O bien discurría de este otro modo :

—Supongamos que, en vez de tirar tú, hubiera tirado yo : lo mismo la habría derribado. Por consiguiente, me corresponde la manzana.

Víctor, siempre bien educado y condescendiente, toleró estas mentiras y argucias un buen rato. Mas, viendo que con tales tretas, propias de un palurdo solapado, Gabriel engullía manzanas y más manzanas, sin ofrecerle un bocado de ellas, se cansó Víctor de ser prudente.

Así, pues, cuando le correspondió tirar, dijo :

—Te advierto, Gabriel, que si derribo ésta, no te la comerás tú.

Tiró y dió en el blanco. Mas, como viera que Gabriel corría para usurparle también aquella fruta, corrió Víctor también, y, como era más ágil y más diestro que su primo, la cogió.

—Es mía, es mía. No seas avaricioso, Gabriel.

Pero Gabriel no podía consentir que nadie se le impusiese. Quiso quitarle a Víctor la fruta de las manos.

Víctor, dando un paso atrás, le dijo :

—¡Alto ahí! Hasta aquí podíamos llegar. Si te acercas, te doy un puntapié.

Gabriel entonces, con la peor intención que puede imaginarse, empezó a gritar :

—¡Camilo! ¡Camilo!

Camilo era el dueño de la huerta de al lado, sujeto de estrecho magín y malas pulgas que solía castigar a garrotazos a los chiquillos que se atreviesen a coger una fruta de su cercado.

No otra que esa de dar lugar a que el bruto de Camilo maltratase a Víctor, era la perversa intención de Gabriel.

Camilo acudía, en efecto, a las voces.

—¿Qué pasa?

—Este muchacho le está robando a usted la fruta—dijo Gabriel.

—¿Yo?—exclamó horrorizado Víctor.

—¡Tú, sí! Y no es lo peor la que coges; lo peor es la que estás destrozando a pedradas.

—¡Le juro a usted por mi honor, señor hortelano, que Gabriel miente!

¡Váyale usted con juramentos por el honor a un rústico tan ignorante y estúpido como Camilo.

—¿Qué romance me recitas?—dijo.

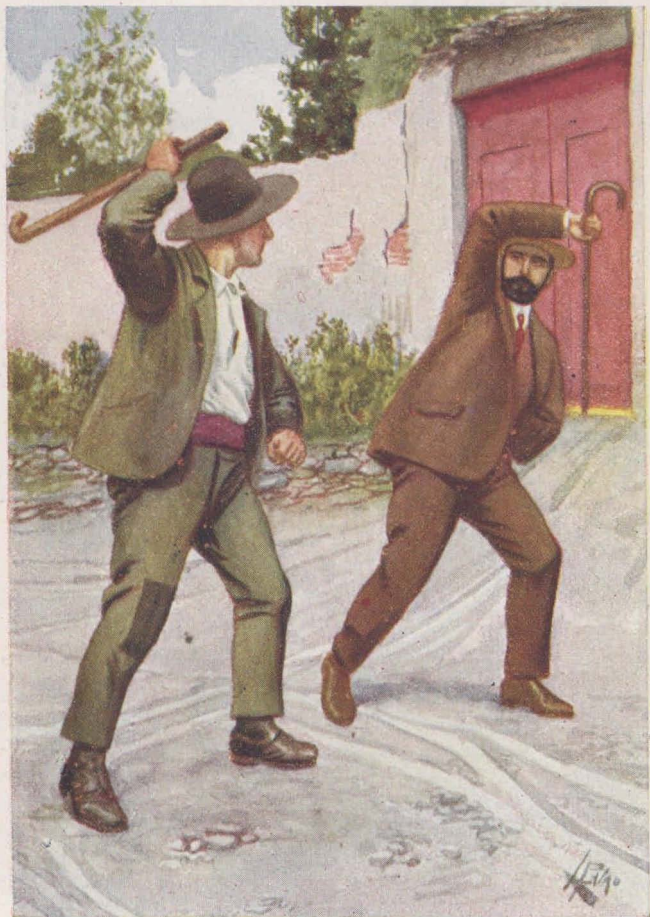
—¡Digo la verdad!

Gabriel gozaba lo indecible. A su mal corazón le gustaría ahora que Camilo la emprendiese a bofetadas con Víctor. El ruin sentimiento de la envidia empezaba a hacer de las suyas.

Afortunadamente, Camilo miró a Víctor de pies a cabeza, y como Víctor no tenía, ni mucho menos, el aspecto de un ratero, se propuso el hortelano proceder de otro modo en aquel asunto.

—Dame esa manzana—dijo.

Víctor se la entregó.



El bruto de Camilo enarboló el garrote... (Pág. 57.)



—Ahora veremos. Yo conozco en el olor y en el sabor las mazanas de mi huerto. Voy a pelar y a probar ésta, y si resulta ser de las de mi propiedad, *velay* que te denunciaré al juez y te chuparás unos días en el calabozo.

Víctor se asustó más. Por regla general, a los hortelanos todas las frutas les parecen suyas; todas las frutas les saben a suyas. No hay nada más expansivo que el derecho de propiedad cuando lo tiene un codicioso. El que posee una hectárea de terreno, quisiera hacerla crecer como una mancha de aceite; el que es dueño de un manzano, quisiera que todos los manzanos fuesen suyos y le olería y sabría a suya hasta la misma manzana que se comieron, en mal hora, Adán y Eva.

Camilo sacó una espantable navaja de siete muelles con una hoja enorme y empezó con ella, parsimoniosamente, a pelar la manzana, que bien podemos llamar la manzana de la discordia.

Víctor se atrevió a decir:

—Si usted tiene en su huerto alguna especie particular de manzanas que le

permita distinguir las suyas de otras, yo me alegraré, don Camilo.

A Camilo oírse nombrar «don Camilo» le hizo muchísima gracia. Con esa socarronería propia de los labriegos, se propuso burlarse del hijo de señoritos.

—Sin din, no hay don, muchacho. Yo soy Camilo, el *Tumbaollas*. ¿Estamos?

—Dispense usted, señor de *Tumbaollas*.

Gabriel se retorció de risa. Era malo de veras Gabriel.

Víctor, más muerto que vivo, añadió:

—De todos modos, mi tío, el médico, responderá de mí.

—¡Ah! ¿De *modimanagera* que tú eres sobrino del físico?

—Del médico, sí, señor. Gabriel es mi primo.

Alegaba Víctor este parentesco creyendo que le salvaría, y no era así. Ignoraba Víctor que por cuestión de unas ramas que salían sobre las bardas y daban sombra a la huerta de Camilo; por cuestión de unas raíces que pasaban del predio de Camilo al del médico; y por cuestión, en fin, de un regato de agua, el hortelano



...Gabriel corría para usurparle también aquella fruta... (Pág. 47.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

aborreecía al tío de Víctor y tenía muchas ganas de darle un disgusto.

Ahora podría decir que Víctor le robaba la fruta, cosa que atestiguaría el propio Gabriel, primo del inculpado. Era una buena ocasión para humillar al señorito y hacerle sufrir.

—¿Conque sobrino del físico, eh?... ¡Pues yo me las entenderé con ese señor matasanos!

Víctor estaba pálido como la cera.

—¡Yo le juro a usted...!

Pero Gabriel, en su saña infame, ni reparó en que Camilo insultaba a su padre, ni tuvo un arranque de buen hijo. La envidia es tan dañosa que hasta borra los sentimientos naturales. Gabriel añadía leña al fuego.

—¡Sí, sí!... No le haga usted caso. Le robó... ¡le robó las manzanas!...

El hortelano gozaba lo que no es decible. Para los villanos, ver como descenden a la vileza los hijos de señores, es siempre un espectáculo agradable. La mejor manera de conservar el señorío la autoridad sobre los palurdos o pecheros, es ser más honrado, más generoso, más



Voy a pelar y a probar ésta, y si resulta ser de las
de mi propiedad... (Pág. 49.)

noble de alma que ellos ; que en el alma reside la mejor nobleza.

Gabriel ignoraba esto, y por hacer daño a su primo, estaba haciéndose daño a sí mismo.

—¡Yo me las entenderé con el físico!— repetía Camilo.

Y acabó de pelar la manzana y empezó a comérsela.

—¡Hola! ¡Mía y muy mía!* Tiene un saborcillo y un intríngulis que le pongo yo al estiércol con que abono mi huerta. ¡A mía me sabe! Ya verá el físico lo que es bueno..

VIII

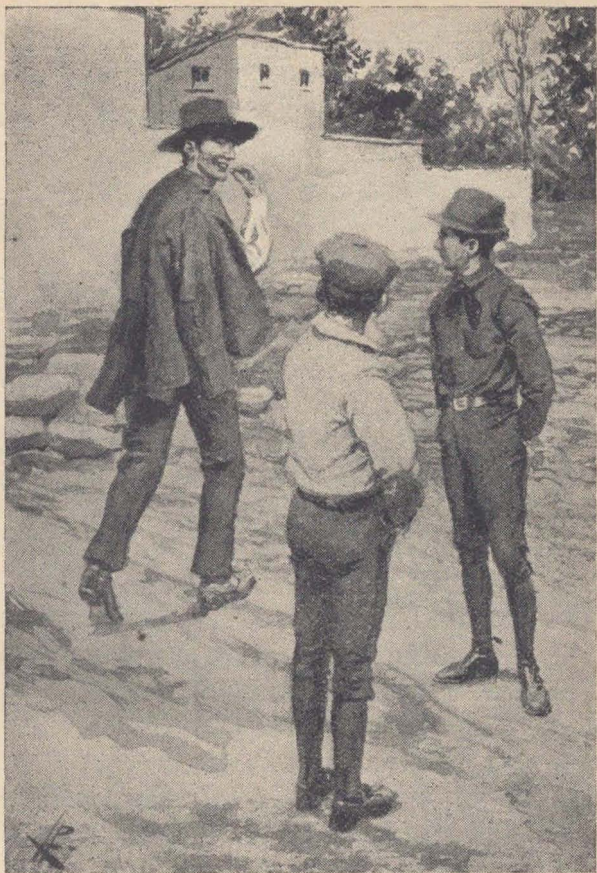
Aquella misma tarde sucedió lo que era natural que sucediese. El padre de Gabriel fué a su huerta de paseo, y Camilo le salió al encuentro para decirle :

—Señor físico, tenemos que hablar.

—¡Qué se le ofrece?

—Es una cuestioncilla...

—Le prevengo que en lo del regato no estoy dispuesto a transigir



Y acabó de pelar la manzana y empezó a comérsela. (Pág. 54.)

—No se trata de eso. Se trata de su sobrínico de usted.

—¿De mi sobrino?—dijo el médico, sorprendido.

—Sí... de ese madrileñico que se ha traído usted.

—¿Qué tiene usted que decir de él?

—Pues... mire usted : que le enseñe usted bien las lindes.

—¿Las lindes? ¿Por qué? Hable claro, que no le entiendo.

—Que le enseñe usted bien las lindes para que sepa *cualos* manzanos son los míos.

—¿Eh? Acabe de una vez.

—Pues acabo : su sobrino de usted me roba las manzanas.

—¿Eso es mentira!

—¿Mentira? Pues su hijo de usted me lo dijo.

—¿Mi hijo? No puede ser.

—Sí, señor físico. Su hijo de usted me llamó para decirme : «Camilo, ¡que le roban!» Y acudí y pesqué a su sobrínico de usted con las manos en la masa, como quien dice...

El médico iba enfureciéndose.

—¡Calle usted!

—No callo. Su sobrino de usted es un... ¡ratero!...

El médico no se pudo contener.

—¡O se calla usted o le rompo el bautismo!...

No mediaron más palabras. El bruto de Camilo enarboló el garrote y la emprendió a palos con el médico. Éste opuso el brazo instintivamente y recibió allí varios golpes. En seguida el médico sacó un revólver y el hortelano su gran navaja...

Gracias a que venían unos labradores que los separaron. Si tal no ocurre, providencialmente, hubiese acabado en un crimen la reyerta.

Esto fué lo que produjo la falsa imputación de Gabriel...

Al día siguiente el médico tenía el brazo vendado.

El y su mujer llamaron a Víctor y le tomaron declaración.

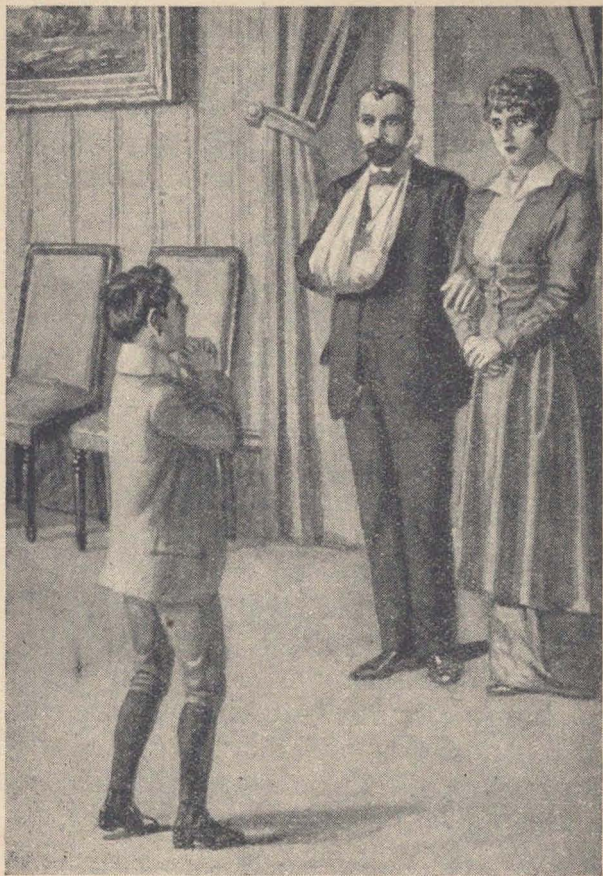
—Ven acá, Víctor. Es necesario que nos confíes toda la verdad.

Víctor refirió a sus tíos lo sucedido exactamente. Acabó diciendo:

—Yo no sé por qué. Gabriel inventó que yo robaba las manzanas, dando, con ello, lugar a todos estos disgustos... ¡Dios mío! ¡Dios mío, yo no soy culpable!...

Pero... lo que suele suceder: el amor de los padres es muchas veces ciego. No hay cosa más funesta para el porvenir de un niño que tener unos padres que «se cieguen» por él. A esa clase de padres todo cuanto su hijo haga les parece bien siempre; no le reprenden por nada; por no contrariarle, le sacan del colegio; por temor a que enferme, no le obligan a estudiar; sus malas acciones les parecen graciosas travesuras; y, de este modo, llegan a formar esos muchachos aborrecibles, voluntariosos, crueles, egoístas, mal intencionados, envidiosos, que, llegados a hombres, son incapaces de ganarse el sustento honradamente y acaban, con frecuencia, sus vidas en los presidios.

Las reprensiones, los castigos de nuestros padres, por duros que nos parezcan, por mucho que nos hagan sufrir, son elocuentes muestras de cariño. «Quien bien te quiera, te hará llorar», dice un sabio



¡Dios mío! ¡Dios mío, yo no soy culpable!...
(Pág. 58.)

refrán castellano que los hijos deben tener presente en todo caso.

Los insensatos padres de Gabriel no creyeron a Víctor. Los padres de Gabriel —¿a qué negarlo?— envidiaban también a Víctor.

Es frecuente, por desgracia, que los padres de hijos vagos, mal educados e inútiles, al ver a otros niños buenos y aprovechados, sientan el remordimiento de conciencia de no haber sabido guiar a los suyos por el camino del trabajo y del bien. Mas como el cariño «les ciega», en su fatal ceguera, no ven la verdadera causa de la diferencia y envidian y odian al más instruído y perfecto.

Así eran los padres de Gabriel. Víctor era mucho mejor que su hijo. Pues bien : en lugar de tomar a Víctor por modelo y obligar a su hijo a que le imitase, juzgaron que el madrileño era un botarate de malas cualidades, que pretendía, con su mayor cultura y mejor educación, menospreciar a Gabriel. Y por esta causa aborrecían a Víctor.

En estas circunstancias, toda defensa

que Víctor hiciese de su inocencia era inútil. No le creyeron.

Le mandaron retirarse. Y el pobre muchacho se retiró... ¡muy triste!...

IX

Víctor pensó inmediatamente en escribir a sus padres diciéndoles que le sacasen de aquel pueblo, donde cosas tan desagradables le sucedían.

Pero no hizo más que pensarlo; no llegó a poner la pluma sobre el papel.

Sus padres le habían enviado a pasar las vacaciones en Fuenteclara, como premio a su aplicación durante el curso; le suponían sus padres muy divertido y contento. ¡Cómo darles el disgusto de decirles que lo estaba pasando tan mal?

Un buen hijo debe sufrir silenciosamente antes de dar un disgusto a sus buenos padres. Nuestros padres tienen, en sus negocios, en su lucha por la vida, cosas graves en que pensar, serios afanes, sinsabores tremendos. No es cosa de que les añadamos nuevas amarguras con

nuestras pequeñas contrariedades de chiquillos.

Cuanto más que había varios motivos para que Víctor se abstuviese de escribir. Víctor era hijo único. Su madre padecía una enfermedad crónica. Aprovechando que Víctor estaría en el pueblo con sus tíos, los padres de Víctor habían marchado a un Balneario del norte de España a buscar la salud de su madre. Así, pues, si el hijo escribía sus disgustos, tendrían sus padres que venir a buscarle, suspendiendo la curación de aquella enfermedad. Es decir, que Víctor, quejándose, atentaría contra la salud de su madre.

Y... — todo es preciso decirlo —, ¿con qué dinero harían un largo viaje? Los padres de Víctor no eran ricos. Hacer ahora un viaje por acudir a consolar al hijo, a sacarle del pueblo, ocasionaríales grandes gastos que no se hallaban en disposición de hacer...

No... no les escribiría Víctor; resistiría lo que viniese hasta el final de las vacaciones.

Pero Gabriel no perdonaba ocasión de molestar a su primo. Víctor recibía todos

los sofiones y burlas con la más santa paciencia por no provocar un choque. El pobre muchacho se hacía cargo de la situación. Se hallaba en el pueblo como secuestrado, como prisionero. ¡Oh, cuándo llegaría septiembre!...

Y lo que era prudencia, digna de toda alabanza, lo interpretó el muy necio de de Gabriel como cobardía. Los chicos que se educan apedreando perros y apedreándose unos a otros, no pueden comprender que exista un ánimo bien templado si no hace ostentación de fiereza.

Pero no hay que olvidar que Víctor había hecho gimnasia...

Una tarde, habiendo salido juntos los dos primos, en cordialidad más aparente que real, paseaban por una arboleda.

De un nido, tejido por unos ruiseñores en la copa de un álamo, hubo de caer al suelo un pajarillo volantón. El animalillo no sabía aún remontarse; se hallaba en ese aprendizaje de los pájaros que dan vuelos cortos, se atolondran, caen, vuelven a levantarse y suelen darse de cabezadas en los troncos. Los gatos y los gavilanes aprovechan estos momentos.

El hijuelo de ruiseñor, menudo, de un color de musgo seco, piaba revoloteando y parecía un niño extraviado que llora llamando a sus padres.

Gabriel, al verlo, dijo :

—¡ Mira, mira, un *guácharo* ! Vamos a cogerlo.

—Sería inútil — dijo Víctor—. Es una cría de ruiseñor y no sabríamos alimentarla hasta que creciese.

—¡ Y qué ? ¡ Vamos a cogerlo !

Y Gabriel corrió tras el pajarillo. El pajarillo, al verse perseguido, hizo un supremo esfuerzo y voló hasta posarse en una rama.

—¡ Déjale !—gritó Víctor—. Ahí está ya seguro. Como es casi de noche, no se moverá y mañana sus padres se cuidarán de protegerle.

Pero Gabriel cogía del suelo guijarros y tejos.

—¡ Como no le protejan ahora !... Porque le pienso derribar de una pedrada.

Víctor no pudo disimular su indignación.

—¡ No harás eso !

—¡ Por qué ?



Víctor, más ágil, acogotó, al fin, a su enemigo. (Pág. 65.)



—Porque no te dejaré hacerlo.

—¿Tú?

—¡Yo!

—¿Tú? Vamos... ¡Tú eres un mandria!

—Como quieras. Insúltame a mí; pero deja vivir al pobre rui señor.

—Ahora verás.

Fué a tirar Gabriel. Víctor lo evitó sujetándole el brazo.

—¡No tirarás!

Gabriel dió a su primo una bofetada.

Riñeron, al fin. Gabriel tenía mañas gatunas: peleaba tirando zarpazos, tarascadas, encogiéndose, preparando zancadillas y mordiendo, cuando no podía otra cosa.

Víctor peleaba noblemente: boxeando, a golpes de frente y sin tirar al rostro, que es cosa de rufianes.

Así, en un principio, Víctor llevaba la peor parte. Advirtiéndolo, comprendió que debía dominar cuanto antes al desleal. Se arrojó sobre él, trincándole, sujetándole vigorosamente.

Cayeron al suelo peleando. Víctor, más ágil, acogotó, al fin, a su enemigo.

—¡Basta!—dijo Gabriel—. ¡Me puedes!

Víctor lo libertó inmediatamente.

—¿Ves?

—Sí, sí, ¡me puedes!

Sangraban los dos. Los dos tenían en la cara muchos arañazos y las ropas desgarradas.

—¿Ves lo que has conseguido?—decía Víctor—. Ahora, ¿cómo nos presentaremos en casa?

Gabriel callaba con la amargura de su vencimiento.

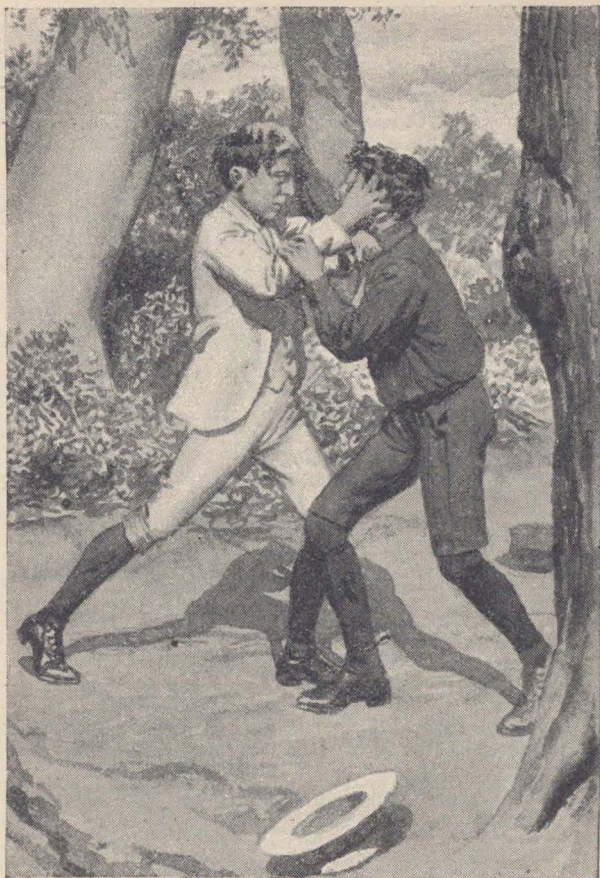
Víctor decía:

—Te lo perdono todo. ¿Quieres que seamos amigos otra vez?... ¡Anda... no seas rencoroso, no seas malo!

Gabriel callaba.

—Yo te quiero bien—insistía Víctor—; no volveremos a reñir. Ya tienes mi Kodak, pues te daré también mi caja de pinturas. No me guardes rencor porque te he sujetado. Yo no quería pegarte; no quería más que sujetarte... Olvidemos. ¿Quieres? ¿Echamos pelillos a la mar?... ¿Hacemos las paces?

Gabriel callaba.



Riñeron, al fin. Gabriel tenía mañas gatunas: peleaba tirando zarpazos... (Pág. 65.)

—¡No seas así, hombre! Mira... diremos en casa cualquier cosa... Yo me encargo de ello. Yo inventaré una mentirijilla para no enfadar a tu papá.

Gabriel se limitó a responder :

—Bueno.

—Pero antes, si te parece, iremos a la botica a que nos laven y nos curen. Si nos ven en tu casa llegar chorreando sangre, se asustarán mucho. Anda, vamos...

X

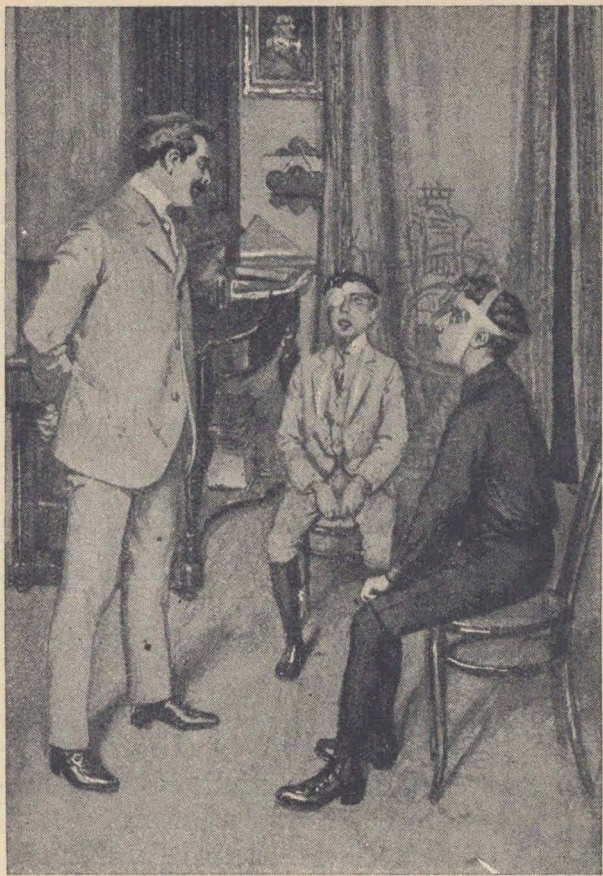
El boticario les hizo pasar dentro de su casa y les lavó los rasguños; les puso aglutinantes, tafetán, árnica, y después les colocó unos vendajes.

Al verse con los rostros cruzados por las blancas tiras de gasa, comprendieron los muchachos la atrocidad que habían hecho.

—¡Pero, criaturas!—les decía el boticario—. ¿De qué guerra venís? ¿Qué os ha pasado?

Víctor fué el primero en hablar.

—Íbamos — dijo — por la alameda pa-



Al verse con los rostros cruzados por las blancas
tiras de gasa... (Pág. 68.)

seando. Mi primo me iba contando un cuento de un libro de lectura que tiene, muy bonito. De pronto, aparecieron hasta cinco muchachos desarrapados. Deben ser de esas cuadrillas de segadores forasteros que andan por ahí, o de gitanos. Del pueblo no eran. No conocimos a ninguno. ¿Verdad, Gabriel?...

Gabriel se limitaba a asentir.

—Sí, es verdad.

—Pues estos chiquillos desarrapados empezaron a burlarse de mí y a insultarme; me llamaban, como ya me han llamado otros, «patas finas», «patas de alambre», «patitas de cordero», «*tiririque*»... y otras cosas. Como yo no les hacía caso, me tiraron piedras.

—¡Qué brutos!—interrumpió el boticario.

—Una piedra me dió aquí, en la cabeza —seguía Víctor—. De ella es la escalabradora mayor. Entonces yo me llevé las manos a la herida y empecé a llorar. Gabriel, al verme echando sangre, se enfureció y, metiéndose entre los cafres aquellos, repartía golpes...

—¡Bravo, Gabriel!—dijo el boticario.

—Yo — continuaba Víctor su piadosa invención — me envalentoné y acudí al combate. Entre los dos, aunque ellos eran más, les hemos dado una buena paliza.

—¡ Bien ! — comentó el farmacéutico—. ¡ Bien ! ¡ Así se hace ! Primero la prudencia y, cuando no hay más remedio, la energía. Tú, Gabriel, eres un buen chico, puesto que defendiste a tu primo, que es forastero y está en tu casa y tienes el deber de colmarle de atenciones. Eso es noble y te felicito por ello. En cuanto a ti, Víctor, alabo la lealtad con que, sin amor propio, cuentas lo sucedido atribuyendo a Gabriel toda la parte honrosa de la acción. Los dos habéis demostrado buenos sentimientos y sois dignos de mi aprecio y ayuda.

—Muchas gracias, señor — dijo Víctor. Gabriel callaba.

—Y ahora—añadió el boticario—, para que mi buen amigo el médico y su mujer no tengan sobresalto, voy yo a acompañaros a vuestra casa... Pero, antes tomaréis un refresco para tranquilizaros del todo.

Los obsequió el boticario con agua de

naranja y les dijo muchas más cosas agradables que no se cuentan por no hacer demasiado pesada esta narración.

Víctor estaba alegre. Aunque le escocían los arañazos y aporreaduras, estaba alegre. ¡Causa obrar generosamente tanta alegría!...

XI

Escuchar detrás de una puerta, es, sin duda, cosa muy censurable. Nuestro amigo Víctor, que tan pocas cosas de mala educación hacía, cometió, sin embargo, esta falta : escuchó detrás de una puerta.

No vamos a disculpar a Víctor. Obró mal. Pero es forzoso que busquemos algunas circunstancias de las que los abogados llaman atenuantes.

Conviene saber que desde la pelea de Víctor y Gabriel, los padres de éste se mostraban recelosos, reservados y serios con su sobrino. No obstante la explicación del suceso dada por el boticario, según la abnegada mentira de Víctor, el médico y su mujer se mostraban visiblemente disgustados con su huésped.

Advertía Víctor esa muda y espinosa seriedad que nos denuncia el desagrado con que somos vistos. Víctor se decía :

—Algo se trama contra mí.

Y con este temor andaba sobresaltado. ¡Disculpáis ahora, queridos lectores, que Víctor escuchase detrás de la puerta?

Escuchó :

—Pues, señor — decía el médico —, no podía suponer que fuese tan mala persona el sobrinito. ¡ Buen pillete está !

— ¡ Ja, ja ! — decía la señora.

— Primero — seguía el marido — hurta el nido de los pichones a sabiendas de que eran de la pobre lavandera.

— Y gracias — habló la señora — que nuestro hijo descubrió que los tenía escondidos en el invernadero y le obligó a devolverlos.

— Después busca pendencia con el hijo del veterinario.

— Y le pega.

— A traición.

— ¡ Claro ! De frente, ¡ cómo iba a poderle a Nicolás este alfeñique ?

— Más adelante, por sus costumbres de rateruelo, roba la fruta de Camilo, oca-

sionando el disgusto que me hubo de costar un brazo...

—Entonces —decía la señora—debiste mandarle a su padre esa buena pieza y nos hubiésemos ahorrado lo demás. ¡El asco del golfete! Yo no lo puedo ver. ¡Que se vaya, que se vaya cuanto antes!

Víctor, aplicando el oído a la cerradura, oía esta conversación de sus tíos. Las injusticias que estaban ellos diciendo eran como martillazos en su cráneo. Se quería romper el pobre corazón.

Con el rostro demudado, con las manos crispadas, escuchaba:

—Por fin—decía el médico—, la hazaña final es intolerable.

—Yo no sé cómo me puedo contener—añadía la señora—. Ver a ese indecentillo señorito sin poderle moler a palos me exaspera... ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Gabriel, tan bueno, tan generoso!... ¡Venir ese granujilla madrileño a enseñarle a robar, a inculcarle malas costumbres y, por fin, a pegarle, a arañarle de tal modo que por poco me lo deja tuerto!... ¡es horrible! No sé; no sé cómo no me he desahogado ya.



Victor, aplicando el oído a la cerradura, oía esta conversación de sus tíos. (Pág. 74.)

—¡Y cómo lo hizo!—afirmaba el médico, muy cargado de razón—. Nuestro Gabriel me ha contado el lance detalladamente. Figúrate que lo sacó engañado a las afueras del pueblo, a la arboleda, y que allí tenía prevenidos, emboscados, a unos gitanos. ¡Los conocería de Madrid, de ese Madrid de ratas y de chulos!... Los tenía, te digo, prevenidos para que le ayudasen a tomar venganza de nuestro hijo, a quien odia por haberle acusado ante Camilo y ante nosotros. ¡Es que Gabriel iba a ser encubridor de sus robos?... Y los tenía prevenidos, porque a solas los dos, nuestro hijo, que es más valiente, le hubiese zurrado bien a ese *tiririque*... Pero, naturalmente, juntándose doce contra Gabriel...

—¡Pobre hijo de mi alma!...

—Ya viste cómo le pusieron. ¡Ah, es irritante! ¡Es inaguantable! Yo le diré a mi hermano: «¡Tu hijo es un ladronzuelo, un hipócrita, un embustero y un traidor!...»

—Y dile, dile que venga cuanto antes por esa alhaja.

—¡Y como sí se lo diré! ¡Y que si no

viene, se lo pongo de patitas en la calle !...

Víctor no pudo seguir oyendo. Las lágrimas afluían ardientes a sus ojos ; el pecho quería estallar ; empezó a sentir vértigos : como si todas las paredes se desplomasen, como si se balancease el suelo y bailasen los muebles...

Por fin, cayó, derribado por tan tremendo dolor.

Al golpe que dió su cuerpo en el suelo, acudió su tío ; y al verlo crispado de horror, sin socorrerlo, le dijo :

—¿ Por qué pataleas así, rufián ? ¿ Qué nueva comedia representas ?...

XII

Durante los ocho días siguientes a esta escena, Víctor apenas se dejó ver de sus tíos. Vagaba solo por las afueras del lugar, triste y cabizbajo, como esos perros sin amo que no tienen casa y a quienes todo el mundo trata a puntapiés.

¡ Qué tristes son para un niño la soledad y el desamparo ! ¡ Qué triste verse

maltratado, injuriado, odiado y lejos de sus padres!...

Víctor pensó cuan horrible debe ser haber perdido a los padres, ser huérfano; y en aquellos días de dolor aprendió a tener misericordia.

XIII

¿Que como acabaron aquellás vacaciones?

Pues acabaron viniendo los padres de Víctor a buscar a su hijo. Porque, antes que la carta del médico, recibieron otra.

Y esta otra carta decía así:

«Mui seÑor mio : Benga ha vusKar asu igo Bitor que lomal tratan en Ka sade sus Tios Que Son Malos.

»El es mui gueno que mede Bolbió los pichones. Yme da guenos ConSegos Yli mos nas yme esta enseÑando a EskRibir.

»Perdo Nen las muchas Faltas Y les Besa las Manos.

»Pedrin el de lala Bandera.»

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.